

LA APORTACIÓN DE RAIMON PANIKKAR EN EL ÁMBITO INTERRELIGIOSO

Los seres humanos tenemos una dificultad enorme, casi insalvable, incluso patológica, para salir de nuestras categorías y acoger las de los otros. El problema crece cuando, en nombre de las religiones, sacralizamos y endurecemos aún más esta dificultad.

A cada instante debemos hacer el esfuerzo de ir hacia las palabras de los otros; continuamente debemos emprender un éxodo para llegar a ellos y venerar la fuente de la que nacen. De vez en cuando, aparecen personas capaces de transitar con inteligencia, profundidad y magnanimidad por espacios cosmovisionales diversos, de abrir las cercas tribales y denunciar las guerras que nos declaramos en nombre de nuestros dioses o de nuestras imágenes también tribales del Absoluto.

Raimon Panikkar nació en nuestra ciudad, en las costas mediterráneas, pero llevaba cromosomas del mar Índico. Esto le facilitó la navegación entre los dos mares. Y se remontó hasta las fuentes de los ríos sagrados que alimentan estos mares.

Como cristiano y como sacerdote, se había bañado primero apasionada e intensamente en las aguas del Jordán y del Tíber. A los treinta y cinco años se instaló en la ribera del Ganges. Aprendió a nadar en las diferentes corrientes sin mezclarlas, remontándose hasta las cumbres nevadas donde nacen.

Raimon Panikkar nos ha recordado que las religiones son recorridos de ascenso y de descenso. Con su indagación nos ha mostrado que la palabra sagrada no es una palabra privada ni una palabra tabú, sino una palabra que, precisamente porque es sagrada, hay que indagar, extraer, comparar, escalar. Nos ha enseñado que cada palabra contiene el gusto de la fuente de donde mana y el impulso para llegar al mar.

Por esto es necesario el esfuerzo para desplazarse, como hizo él, hasta cada texto y espacio sagrado de las religiones milenarias (con el ejercicio del primer ojo), después, es necesario escrutar con erudición cada tradición y ponerla en relación con las otras, respetando las diferencias y sabiendo ver las similitudes (ejercitando el segundo ojo); y todo ello, mediante la meditación y contemplación del tercer ojo. Sin confusión ni separación. Por esto fue maestro de muchos de nosotros.

Con su esfuerzo de integración mostró que las religiones contienen un ritmo ternario y circular de silencio-palabra-acción (movimiento de descenso) y de acción-palabra-silenció (movimiento de ascenso). Nos dijo de muchas maneras que, cuando somos capaces de integrar este ritmo del ser, nos convertimos en ciudadanos del mundo a quienes ninguna causa humana nos es ajena.

En los últimos años de su vida, sus cabellos se emblanquecieron como la nieve de las Himalayas, y su piel oscura se volvió cada vez más apergaminada, como un documento antiguo por descifrar. Él, que peregrinó a los pies del Kailasa y que ahora es gota en el Océano de la divinidad, nos estimula con la celebración de hoy a remontarnos a las cumbres más puras de nuestra tradición —cada uno debe saber y escoger cuál es la suya— y, al mismo tiempo, a navegar conjuntamente hacia el Océano.

Javier Melloni sj

Barcelona, 24 de febrero del 2011
Saló de Cent de l'Ajuntament de Barcelona